

Y juntamente al Rey serán llevadas  
 contigo otras doncellas:  
 irán siguiendo todas tus pisadas.  
 y tú delante de ellas.  
 Y con divina fiesta y regocijos  
 te llevarán al lecho,  
 Do en vez de tus abuelo tendrás hijos  
 de claro y alto hecho:  
 A quien del mundo todo repartido  
 darás el cetro y mando.  
 Mi canto por los siglos extendido  
 tu nombre irá ensalzando:  
 celebrarán tu gloria eternamente  
 toda nación y gente.

Y dicho esto, y ya muy noche, los tres se volvieron á su lugar.



DEL MAESTRO

FR. LUIS DE LEON,

EL LIBRO TERCERO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA  
 SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCION.

Se da solución á algunos reparos que se hicieron sobre esta obra, y  
 vuelve á introducir el diálogo para proseguirla.

De los dos Libros pasados que publiqué para probar en ellos lo que se juzgaba de aqueste escribir, he entendido, muy ILUSTRE SEÑOR, que algunos han hablado mucho, y por diferente manera. Porque unos se maravillan, que un teólogo, de quien, como ellos dicen, esperaban algunos grandes tratados llenos de profundas cuestiones, haya salido á la fin con un libro en romance. Otros dicen, que no eran para romance las cosas que se tratan en estos libros, porque no son capaces de ellas todos los que entienden romance. Y otros hay que no los han querido leer, porque están en su lengua: y dicen, que si estuvieran en latín los leyeran. Y de aquellos que los leen hay algunos que hallan novedad en mi estilo; y otros que no quisieran diálogos; y otros que quisieran capítulos, y que finalmente se llegaran más á la manera de hablar vulgar y ordinaria de todos, porque fueran para todas más tratables y más comunes. Y porque juntamente con estos libros publiqué una declaración del capítulo último de los Proverbios, que intitulé: *La Perfecta Casada*, no ha faltado quien diga, que

no era de mi persona ni de mi profesión decirles á las mujeres casadas lo que deben hacer. A los cuales todos responderé, si son amigos, para que se desengañen, y si no lo son, para que no se contenten; á los unos porque es justo satisfacerlos, y á los otros porque gusten menos de no estar satisfechos; á aquellos para que sepan lo que han de decir, á estos, para que conozcan lo poco que nos dañan sus dichos. Porque los que esperaban mayores cosas de mi, si las esperaban porque me estiman en algo, yo les soy muy deudor; mas si porque tienen en poco aquestas que he escrito, no crean ni piensen, que en la teología que llaman, se tratan ningunas, ni mayores que las que tratamos aquí, ni más dificultosas, ni menos sabidas, ni más dignas de serlo. Y es engaño común tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance, que ha nacido, ó de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, ó de lo poco que entendemos de ella, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia: que lo uno es vicio, y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla.

Así que no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; mas al revés, viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas, sino por ellas estimen la lengua; si acaso las vieron, porque es muy de creer, que los que esto dicen, no las han visto ni leído. Más noticias tienen de ellas, y mejor juicio hacen los segundos, que las quisieran ver en latín: aunque no tienen más razón que los primeros, en lo que piden y quieren. Porque pregunto, porque las quieren más en latín? No dirán que por entenderlas mejor, ni hará tan del latino ninguno, que profese entenderlo más que á su lengua: ni es justo decir, que porque fueran entendidas de menos, por eso no las quisieran ver en romance: porque es envidia no querer que el bien sea común á todos, y tanto más fea, cuanto el bien es mejor.

Mas dirán, que no lo dicen sino por las cosas mismas, que siendo tan graves, piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las co-

sas. A lo cual se responde, que una cosa es la forma del decir, y otra la lengua en que lo que se escribe se dice. En la forma del decir, la razón pide, que las palabras y las cosas que se dicen por ellas, sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo más levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen: mas en lo que toca á la lengua, no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas. Y esto mismo de que tratamos, no se escribiera como debía, por solo escribirse en latín, si se escribiera vilmente: que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como á la gravedad le conviene, ó sean españolas ó sean francesas. Que si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar, se imaginen que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platón escribió no vulgarmente, ni cosas vulgares en su lengua vulgar. Y no menores, ni menos levantadamente las escribió Cicerón en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y por decir lo que es más vecino á mi hecho, los santos Basilio, y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno, y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivían la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendedoras, escribieron los misterios mas divinos de nuestra fe, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabían que no había de ser entendido por muchos de los que entendían la lengua. Que es otra razón en que estriban los que nos contradicen, diciendo, que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance. Como si todos los que saben latín, cuando yo las escribiera en latín, se pudieran hacer capaces de ellas; ó como si todo lo que se escribe en castellano, fuese entendido de todos los que saben castellano, y lo leen. Porque cierto es que en nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas bien ó mal escritas, que pertenecen al conocimiento de diversas artes, que los que no tienen noticia de ellas, aunque las lean en romance no las entienden.

Mas á los que dicen, que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latín los leyeran, se les responde, que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen, lo

que si estuviera en otra tuvieran por bueno. Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal, que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan más de la suya, por poco que de ella sepan, como de hecho saben de ella poquisimo muchos. Y de estos son los que dicen, que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden, y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo, y les doy su lugar. Porque piensan que hablar romance, es hablar como se habla en el vulgo; y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio, que de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa, y las mide, y las componé para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen, que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que así como los simples tienen su gusto, así los sabios, y los graves, y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin orden: y confiesen, que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es.

Y si acaso dijeren, que es novedad; yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas; sino para que los que las tienen, se animen á tratar de aquí adelante su lengua, como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas: y para que la igualen en esta parte que le falta, con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes. Y por el mismo fin quise escribir en diálogo, siguiendo en ello el ejemplo de los escritores antiguos, así sagrados como profanos, que mas grave y elocuentemente escribieron. Resta decir algo á los que dicen, que no fué de mi cualidad, ni de mi hábito el escribir del oficio de la Casada; que no lo dijieran si consideraran primero, que es oficio del sabio, ántes que hable mirar bien lo que dice. Porque pudieran fácilmente

advertir, que el Espíritu Santo no tiene por ajeno de su autoridad escribirles á los casados su oficio, y que yo en aquel libro lo que hago solamente es, poner las mismas palabras que Dios escribe, y declarar lo que por ellas les dice: que es propio oficio mio, á quien por título particular incumbe el declarar la Escritura. Demás de que del teólogo y del filósofo es decir á cada estado de personas las obligaciones que tienen. Y si no es del fraile encargarse del gobierno de las casas ajenas, poniendo en ello sus manos, como no lo es sin duda ninguna; es propio del fraile sabio, y del que enseña las leyes de Dios, con la especulación traer á luz lo que debe cada uno hacer, y decirselo; que es lo que yo allí hago, y lo que hicieron muchos sabios y santos. Cuyo ejemplo, que he tenido por blanco, así en esto como en lo demás que me oponen, puede conmigo más para seguir le comenzado, que para retraerme de ello aquestas imaginaciones y dichos: que demás de ser vanos, son de pocos, y cuando fueran de muchos, el juicio solo de V. Merced y su aprobación, es de muy mayor peso que todos. Con el cual alentado, con buen ánimo proseguiré lo que resta, que es lo que los de Marcelo hicieron y platicaron después, que fué lo que agora se sigue.

El día que sucedió, en que la Iglesia hace fiesta particular al apóstol San Pablo, levantándose Sabino más temprano de lo acostumbrado, al romper del alba salió á la huerta, y de allí al campo, que está á la mano derecha de ella, hácia el camino que va á la ciudad. Por donde habiendo andado un poco rezando, vió á Juliano que descendía para él de la cumbre de la cuesta, que, como dicho he, sube junto á la casa. Y maravillándose de ello, y saliéndole al encuentro le dijo: — No he sido yo el que hoy ha madrugado, que, según me parece, vos, Juliano, os habéis adelantado mucho más, y no sé por qué causa. — Como el exceso en las cenas suele quitar el sueño, respondió Juliano, así, Sabino, no he podido reposar esta noche, lleno de las cosas que oimos ayer á Marcelo, que demás de haber sido muchas, fueron tan altas, que mi entendimiento, por apoderarse de ellas, apenas ha cerrado los ojos. Así que verdad es, que os he ganado por la mano hoy, porque mucho antes que amaneciese ando por estas cuestas. — Pues por qué por las cuestas? replicó Sabino: no fuera

mejor por la ribera del río en tan calurosa noche? — Parece, respondió Juliano, que nuestro cuerpo naturalmente sigue el movimiento del sol, que á esta hora se encumbra, y á la tarde se derrueca en la mar. Y así es más natural el subir á los altos por las mañanas, que el descender á los ríos, á que la tarde es mejor.

—Según eso, respondió Sabino, yo no tengo que ver con el sol, que derecho me iba al río, si no os viera.—Debeis, dijo Juliano, de tener que ver con los peces.—Ayer, dice Sabino, decía yo que era pájaro.—Los pájaros y los peces, respondió Juliano, son de un mismo linaje, y así viene bien.—Cómo de un linaje mismo? dijo Sabino.—Porque Moysén (Genes. cap. 1, v. 22.) dice, respondió Juliano, que crió Dios en el quinto día del agua las aves y los peces.—Verdad es que lo dice, dijo Sabino; mas bien disimulan el parentesco, según se parecen poco.—Antes se parecen mucho, respondió Juliano entonces, porque el nadar es como el volar, y como el vuelo corta el aire, así el que nada hiende por el agua; y las aves y los peces por la mayor parte nacen de huevos. Y si miráis bien, las escamas en los peces son como las plumas en las aves, y los peces tienen también sus alas, y con ellas y con la cola se gobiernan cuando nadan, como las aves cuando vuelan lo hacen.—Mas las aves, dijo riendo Sabino, son por la mayor parte cantoras y parleras, y los peces todos son mudos.—Ordenó Dios esa diferencia, respondió Juliano, en cosas de un mismo linaje, para que entendamos los hombres, que si podemos hablar, debemos también poder y saber callar. Y que conviene, que unos mismos seamos aves y peces, mudos y elocuentes, conforme á lo que el tiempo pidiere.—El de ayer á lo menos, dijo Sabino, no sé si pedía, siendo tan caluroso, que se hablase tanto, mas yo que lo pedí, sé que deseo algo más.—Más? dice, y qué hubo en aquel argumento que Marcelo no lo dijese? — En lo que se propuso, dijo Sabino, á mi parecer habló Marcelo, como ninguno de los que yo he visto hablar: y aunque le conozco, como sabéis, y sé cuánto se adelanta en ingenio, cuando le pedí que hablase, nunca esperé que hablara en la forma, y con la grandeza que habló: mas lo más que digo es, no en los Nombres de que trató, sino en uno que dejó de tratar. Porque hablando de los

Nombres de Cristo, no sé como no apuntó en su papel el nombre propio de Cristo, que es JESUS, que de razón habiá de ser, ó el principal, ó el primero.—Razón tenéis, respondió Juliano, y será justo que se cumpla esa falta, que de tal nombre aun el sonido solo deleita; y no es posible, sino que Marcelo, que en los demás anduvo tan grande, tiene acerca de este nombre recogidas y advertidas muchas grandezas.

Mas qué medio tendrémós? que parece no buen comedimiento pedirselo, que estará muy cansado, y con razón.—El medio está en vuestra mano, Juliano, dijo Sabino luégo.—Cómo en mi mano? respondió.—Con hacer vos, dijo Sabino, lo que no os parece justo que se pida á Marcelo: que estas cuestiones, y esta vuestra madrugada tan grande no son en balde sin duda.—La causa fué, respondió Juliano, la que dije; y el fruto, el asentar en el entendimiento y en la memoria lo que oí con vos juntamente: y si fuera de ello he pensado en otra cosa, no toca á ese nombre, que nunca advertí hasta agora en el olvido que de él se tuvo ayer. Mas atrevámonos, Sabino, á Marcelo, que, como dicen, á los osados la fortuna.—En buen hora, dijo Sabino. Y con esta determinación ambos se volviéron á la huerta, y en la casa supieron que no se había levantado Marcelo, y entendiéndo que reposaba, y no le queriendo desasosegar, se tornaron á la huerta, paseándose por ella un buen espacio de tiempo, hasta que viendo que Marcelo no salía, y que el sol iba bien alto, Sabino con algún recelo de la salud de Marcelo, fué á su aposento, y Juliano con él. Adonde entrados le hallaron que estaba en la cama, y preguntándole, si se detenía en ella por alguna mala disposición que sintiese, y respondiéndoles él, que solamente se sentía un poco cansado, y que en lo demás estaba bueno, Sabino añadió: Mucho me pesara, Marcelo, que no fuera así por tres cosas: por vos principalmente, y después por mí que os había dado ocasión, y la postrera, porque se nos desbarataba un concierto.—Aquí Marcelo sonriéndose un poco dijo: Qué concierto, Sabino? habéis por caso hallado hoy otro papel?—No otro, dijo Sabino, mas en el de ayer he hallado que culparle, que entre los nombres que puso, olvidó el de JESUS, que es el propio de Cristo, y así es vuestro el suplir por él. Y habemos concertado Juliano y yo, que sea hoy, por hacer con ello, en este

día suyo, fiesta á San Pablo: que sabéis cuán devoto fué de este nombre, y las veces que en sus escritos le puso, hermoseándolos con él, como se hermosea el oro con los esmaltes y con las perlas.—Bueno es, respondió Marcelo, hacer concierto sin la parte. Ese santo nombre dejóle el papel, no por olvido, sino por lo mucho que han escrito de él algunas personas. Mas si os agrada que se diga, á mi no me desagradará oír lo que Juliano acerca de él nos dijere, ni me parece mal el respeto de San Pablo, y de su día, que, Sabino, decís.—Ya eso está andado, respondió al punto Sabino, y Juliano se excusa.—Bien es que se excuse hoy, dijo Marcelo, quien puso ayer su palabra y no la cumplió.

Aquí como Juliano dijese, que no la había cumplido por no hacer agravio á las cosas; y como pasasen acerca de esto algunas demandas y respuestas entre los dos, excusándose cada uno lo más que podía, dijo Sabino: Yo quiero ser juez en este pleito, si me lo consentís, y si os ofrecéis á pasar por lo que juzgare.—Yo consiento, dijo Juliano, y Marcelo dijo, que también consentía, aunque le tenía por algo sospechoso juez. Y Sabino respondió luego: Pues porque veais, Marcelo, cuán igual soy, yo os condeno á los dos, á vos que digáis del nombre de JESUS, y á Juliano que diga de otro, ó de otros nombres de Cristo que yo le señalare, ó que él se escogiere. Riéronse mucho de esto Juliano y Marcelo, y diciendo que era fuerza obedecer al juez, asentaron, que caida la siesta, en el soto, como el día pasado, primero Juliano, y después Marcelo dijese. Y en lo que tocaba á Juliano, que dijese del nombre que le agradase más. Y con esto se salieron fuera del aposento Juliano y Sabino, y Marcelo se levantó. Y después de haber dado á Dios lo que el día pedía, pasaron hasta que fué hora de comer en diversas razones, las más de las cuales fueron sobre lo que había juzgado Sabino, de que se reía Marcelo mucho. Y así llegada la hora, y habiendo dado su refección al cuerpo con templanza, y al ánimo con alegría moderada, poco después Marcelo se recogió á su aposento á pasar la siesta, y Juliano se fué á tenerla entre los álamos que en la huerta había, estanza fresca y apacible: y Sabino, que no quiso escoger, ni lugar ni reposo, como más mozo, decía, que advirtió de Juliano, que todo el tiempo que estuvo en la

alameda, que fué más de dos horas, la pasó sin dormir, unas veces arrimado y otras paseándose, y siempre metidos los ojos en el suelo, y pensando profundísimamente. Hasta que él, pareciéndole hora, despertó al uno de su pensamiento, y al otro de su reposo; y diciéndoles que su oficio era, no solo repartirles la obra sino apresurarlos á ella, y avisarlos del tiempo; ellos con él y en el barco se pasaron al soto, y al mismo lugar del día de antes. Adonde asentados, Juliano comenzó así:

## §. I.

Cuán propiamente se llama Cristo HIJO DE DIOS, por hallarse en Él todas las condiciones que se requieren para serlo.

Pues me toca el hablar primero, y está en mi elección lo de que tengo de hablar, paréceme tratar de un nombre que Cristo tiene, demás de los que ayer se dijeron de él, y de otros muchos que no se han dicho, y este es el nombre de HIJO, que así se llama Cristo por particular propiedad. Y si hablara de mi voluntad, ó no hablara delante de quien tan bien me conoce, buscara alguna manera, con que deshaciendo mi ingenio, y excusando mis faltas, y haciéndome opinión de modestia ganara vuestro favor. Mas pues esto no sirve, y vuestra atención es cual las cosas lo piden, digamos en buen punto, y con el favor que el Señor nos diere, eso mismo que Él nos ha dado á entender. Pues digo, que este nombre de HIJO se le dan á Cristo las divinas letras en muchos lugares. Y es tan común nombre suyo en ellas, que por esta causa cuasi no lo echamos de ver cuando las leemos, con ser cosa de misterio, y digna de ser advertida.

Mas entre otros en el Salmo setenta y uno, adonde debajo de nombre de Salomón refiere David, y celebra muchas de las condiciones y accidentes de Cristo, le es dado este nombre por manera encubierta y elegante. Porque donde leemos (Ps. LXXI, v. 5. 17.): *Y su nombre será eternamente bendito, y delante del sol durará siempre su nombre;* por lo que decimos *durar*, ó *perseverar*, la palabra original á quien estas responden, dice propiamente lo que en castellano no se dice con una